

MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: SANTIAGO DEL ESTERO 1072



DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

AÑO I

BUENOS AIRES, 11 DE AGOSTO DE 1904

NÚM. 23

Lo que prometen los candidatos

En la plaza de una aldea

— Buenas gentes que me oís, ricos y pobres, honrados y ladrones, y también vosotros sordos, charlatanes y paralíticos, miradme, escuchadme. Yo soy el candidato, el buen candidato. Yo soy quien hace las grandes cosechas, quien transforma en palacios los miserables tugurios, quien rellena de oro los viejos cofres vacíos, quien restaña de felicidad los corazones ulcerados. Venid, buenas gentes, corred, yo soy la providencia de las mujeres estériles, de los calenturientos, de los pequeños soldados. Yo digo á los descalabrados: no caigas; á la guerra: no mates; á la muerte: no vengas. Yo transformo en vino puro el agua fétida de los mares, y de los cardos que yo toco mana una miel deliciosa.

Mientras el candidato hablaba, una gran multitud llegaba colocándose alrededor de él.

— Mi buen señor, dijo una anciana mujer que lloraba, yo tenía un hijo en la guerra, lejos, bien lejos, y ha muerto!

— Yo te lo devolveré vivo.

— Yo, dijo un estropeado, como Vd. vé, no tengo más que una pierna.

— Yo te daré dos.

— Mire la horrible llaga que me roe el ijar, dijo, dando gritos de dolor, un miserable.

— Yo aplicaré sobre tu llaga la medalla parlamentaria y serás curado

— Yo tengo noventa años, murmuró un anciano.

— Yo te quitaré cincuenta.

— Hace tres días que no he comido pan, suplicóle un indigente.

— Yo te atragantaré de tortas.

Entonces un asesino apareció.

— Yo he matado á mi hermano, y parto para la cárcel, vociferó.

— Yo demoleré las cárceles, yo decapitaré la justicia con la guillotina, y te haré gendarme.

— El señor es muy rico, dijo un campesino, y sus conejos devoran mi trigo, y sus zorros roban mis pollos.

— Yo te instalaré en sus terrenos y clavarás, como durmientes, sus hijos en las puertas de la granja.

— El rústico no quiere cruzar mis estanques, gritó un señor.

— Yo le colgaré de los árboles de tu avenida.

— Ah, señor! —suspiró una joven, estas malditas colonias nos roban todos nuestros novios!

— Yo suprimiré las colonias.

— Mis productos no tienen salida! —exclamó un industrial.

— Yo llevaré hasta el fin del mundo el campo de vuestras conquistas.

— Viva el socialismo! dice una primera voz.

El candidato: Viva!

— Viva la República! dice otra voz.

El candidato: Viva la República!

— Viva el Rey! dice una tercera voz.

Y el candidato responde: Viva el Rey!

En este momento una mujer bella y triste sale del lugar que ocupaba en la muchedumbre, y se adelanta hacia el candidato.

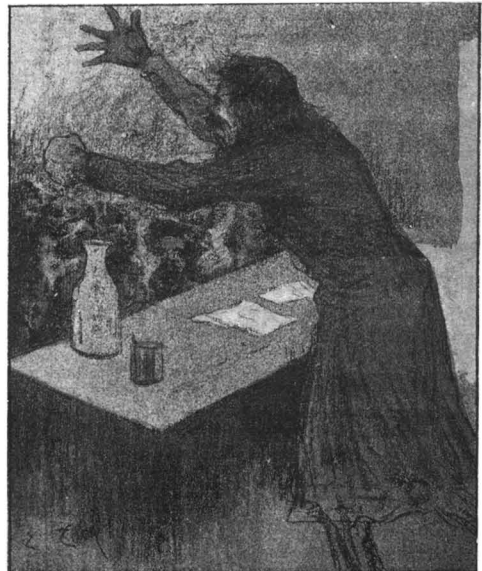
— Tú, no me conoces? —pregunta ella.

— No, responde el candidato.

— Yo soy la Vida! ¿Y qué harás por mí?

— Haré lo que hacen los otros: comeré, dormiré; mi vientre, mi buen vientre, se divertirá en tu grasa. Con el dinero que tomaré de tu bolsillo, de tu inagotable bolsillo, tendré bellas mujeres, bellas tierras, y consideración, si te place, en la plaza. Y si tú no estás contenta, bien! yo te apalearé oh, mi amiga, con este bastón de mando...

OCTAVIO MIRBEAU.



— Ciudadanos! Nobles proletarios! Votad por mí y os prometo el cierre de las fábricas, la muerte de los patrones, la paz perpétua!...

“LA EXPOSICIÓN ARGENTINA” *ALSINA 1640* *
* *BUENOS AIRES*

MUEBLES Y TAPICERÍA

LOCAL MUY VASTO Y MEJOR SURTIDO *◇* CASA DE CONFIANZA

Grandes depósitos centrales para guardar muebles. Se reciben muebles y objetos de arte en depósito garantizando su perfecta conservación.

CIGARRILLOS

“TRES CORONAS”

HABANOS

G. San Germier

POR CINCO PESOS *↘*

Se manda libre de porte un surtido de 25 paquetitos de semillas al gusto del comprador, un lindo obsequio y un Calendario de las sementeras. *✦*

ALFALFA DE LA PAMPA

Calle LIMA, 1165 *◇* BUENOS AIRES

8

LOS OBREROS Casa fundada *✦* en 1864 *✦*

DE
FEDERICO ROVEDA

ROPA HECHA Y ARTÍCULOS PARA TRABAJADORES

Calle DEFENSA núm. 619

OTA: Nuestra ropa no se descose. Pida V. catálogo

7

I. Bonansa

CIRUJANO — DENTISTA MECÁNICO

Calle MORENO núm. 990

— *◀* BUENOS AIRES *▶* —

5

Justino B. Lamarque

CIRUJANO - DENTISTA

Ex-Jefe del Consultorio de Odontología de la A. Pública

Horas de consulta: de 8 a 11 y de 1 a 6

Calle ARTES núm. 543 BUENOS AIRES

15

Pinturería y Ferretería del Comercio
POR MAYOR Y MENOR

DE **JOSUÉ BENZONI**

Surtido general de Ferretería, Vidrios, Espejos, Lunas, Papeles pintados, Pinturas, Oleografías, etc., etc.

DEFENSA núm. 966 — BUENOS AIRES

6

“MARTIN FIERRO”

Semanario Ilustrado de Crítica y Arte

Redacción y Administración: SANTIAGO DEL ESTERO, 1072

PRECIOS DE SUSCRICIÓN ADELANTADA:

EN LA CAPITAL:

Trimestre \$ 1.20

Año > 4.80

Exterior: \$ 4.—oro al año

EN EL INTERIOR:

Trimestre \$ 1.80

Semestre > 3.50

Año > 6.—

Número suelto: 10 centavos — Provincias 15

MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: SANTIAGO DEL ESTERO 1072

DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

AÑO I

BUENOS AIRES, 11 DE AGOSTO DE 1904

NÚM. 23

CRÓNICA CIENTÍFICA

Sudor de sangre (1)

UNA joven histérica requirió nuestra asistencia para sus ataques convulsivos, refiriéndonos entre sus antecedentes una hemathidrosis repetida. Pudimos ratificar con certeza la verdad del hecho, advirtiéndole que en casos tales nuestra norma de conducta es la desconfianza sistemática, pues sabemos cuán intenso afán de ser interesantes y extraordinarios agudonea á los histéricos.

A la edad de ocho años, consecutivamente á una emoción, nuestra enferma sufrió su primera crisis nerviosa. Un perro saltó sobre ella, en la vía pública, en actitud amenazadora; la niña cayó por tierra, desmayada, sufriendo un ataque convulsivo. Le llevaron á su domicilio, continuando los accesos durante dos ó tres días, en forma ora intermitente, ora subintrante.

A la edad de quince años los accesos tornáronse menos frecuentes; después de entonces sufrió tres ó cuatro, y sólo á consecuencia de graves emociones.

Al traspasar los 17 años, la enferma tuvo la desgracia de perder á su madre, repentinamente. Sin sospechar la posibilidad de tal catástrofe, la joven estaba de paseo, en compañía de algunas amigas. Al regresar, vió gente aglomerada ante la puerta de su casa. Penetró; en pocas palabras le dijeron que su madre estaba gravísima, dejándole sospechar su fallecimiento. Cayó desplomada, presa de intensos fenómenos convulsivos y delirantes, mezclados de risas y llantos paroxísticos. Al día siguiente la joven amaneció en estado de profundo sopor, cataleptóideo; la dieron frías de alcohol para reanimarla, volviendo á su plena conciencia á las 10 de la mañana. En las primeras horas de la tarde fué invitada á ver el cadáver de su madre, pues llegaba la hora de conducirlo al cementerio. Se abrazó al féretro, sufrió un paroxismo de llanto afónico, permaneciendo durante quince minutos en esa posición; un ligero temblor le estremeció de pies á cabeza. Transcurrido ese tiempo, su padre, acompañado por otros deudos, se le acercó, para alejarla del cadáver; la levantaron en peso, pues la enferma parecía estar desmayada ó dormida, según nos refiere su propio padre. A la luz de los cirios, los presentes, aterrorizados, pudieron observar su frente cubierta de gotas sangrientas. Al principio creyeron se habría herido ó escoriado contra el ataúd; la limpiaron con un pañuelo, lavando luego la frente con agua tibia, después de acostarla sobre una cama próxima. La enferma continuaba dormida ó desmayada, agena á cuanto ocurría en su rededor.

Su padre, persona inteligente y de cierta cultura, examinó con cuidado la cabeza, frente y cara de la enferma; comprobó que no había ninguna solución de continuidad en la piel; sin embargo, después de lavarla con agua templada, habían aparecido nuevas gotitas, como de rocío carmesí, sobre la frente y por encima de las mejillas, en el párpado inferior. Estas gotitas, más pequeñas y menos numerosas que las primeras, pudo examinarlas detenidamente; parecían rubias, siendo las más grandes del tamaño de una cabeza de alfiler. Llamó su atención este dato: no parecían de sangre espesa y coagulable, sino de sudor rojo, ensangrentado pero transparente.

En ninguna parte del cuerpo se produjeron hemorragias de cualquier clase; la hemathidrosis no coincidió con la menstruación; no hubo recidivas inmediatas. La frente parecía ligeramente infiltrada ó tumefacta, de aspecto rosado; el padre de la enferma no puede precisar si había congestión ó edema. La niña continuó con sus fenómenos convulsivos y su estado cataleptóideo durante varios días.

Algún tiempo más tarde, á la edad de 21 años, se repitió el fenómeno en las siguientes circunstancias. La niña, hija única, dormía en una habitación contigua á la de su padre. A las dos de la madrugada oyóse, en las piezas de servicio, ruido de puertas violentadas, rumor de corridas á la sordina en el patio y de pasos sobre la azotea. Al mismo tiempo oyóse voces de auxilio, dadas por una sirvienta. Instantáneamente alarmada por la presencia de tan extemporáneos huéspedes. El padre de la niña se levantó en ropas menores. La joven emitió su único grito, largo y doloroso "como un aullido de perro moribundo"; su padre corrió hacia ella, dejando libre la fuga á los ladrones. La encontró aletargada, boca abajo, con la cara contra el lecho, quieta. Frendió el gas, se acercó á ella, y pudo

comprobar la fiel repetición de lo ocurrido cuando falleció la madre: la niña "sudaba sangre"; la funda estaba teñida de rojo claro, en los puntos por donde tocaba la frente; sobre ésta las mismas gotas de sudor rojo transparente, cristalino, los mismos "rubios" observados la primera vez. El padre de la enferma llama la atención sobre la gran rapidez con que se produjo este sudor de sangre, pues entre el grito de la niña y su inspección ocular, no llegarían á transcurrir dos ó tres minutos.

Después de haber investigado la escrupulosa verdad de los hechos expuestos, principalmente de la primera hemathidrosis, ocurrida en presencia de varios testigos ilustrados, intentamos la *repetición experimental* del fenómeno en la enferma. Previo su consentimiento y el de su propio padre, la hipnotizamos, obteniendo sueño profundo en la primera sesión; nos limitamos á la sugestión verbal, reforzada por el contacto de un cuerpo metálico sobre la cabeza. Pronto le sugerimos que tuviera un copioso sudor localizado, obteniendo una sudación indudable, aunque no copiosa; en seguida le sugerimos que sudara sangre, sin resultado.

Hipnotizamos nuevamente á esta joven, con el mismo resultado negativo. Podía intentarse otro camino: sugerir á la enferma alucinaciones terroríficas ó producirle un gran pánico durante el sueño hipnótico; el padre de la joven, urgido por una curiosidad de semicunto, deseaba que lo hicieramos, instigándonos á ello. Sin embargo, no obstante la curiosidad de ambos, tuvimos en cuenta los peligros, inmediatos y mediatos, inherentes á ese género de experiencias, contentándonos con la simple constancia anamnéstica en ese curioso accidente trófico en un caso de histeria bien caracterizada.

El doctor José M. Rodríguez, jefe de la clínica del profesor Julio Méndez, nos ha favorecido con una observación personal, inédita; tiene gran valor, pues nuestro distinguido colega pudo presenciar varias veces la sudación de sangre. El enfermo era un niño de 10 años, bien constituido y de aspecto bastante sano, de carácter violento é irascible; por sus modales era señalado entre sus parientes como un niño raro: entre otras "rarezas" tenía la de comer tierra y maderas blandas, masticando estas últimas con particular fruición. Toda vez que sufría emociones intensas, fuesen de pavor ó de ira,—lo reprimieran sus padres ó le riñesen los camaradas de juego (que eran pocos, dado su carácter misántropo),—sufría "sudores de sangre". La frente, las mejillas, el cuello, el pecho, y algunas veces el dorso de las manos, se llenaban de pequeñas gotas rojas, como si cayera sobre ellas un "rocío de sangre". Ese líquido manchaba los pañuelos usados para enjuagarlo; el sudor de sangre duraba pocos minutos, tanto como la emoción intensa. Los accesos de ira ó pavor eran muy violentos; el niño se revolcaba por el suelo, presa de movimientos convulsivos francamente histeriformes. Este enfermo fué llevado al campo, buscando en la naturaleza tranquila los remedios no encontrados en la farmacia. El doctor Rodríguez no supo más de él.

Entre varias referencias análogas, no todas igualmente dignas de crédito, mencionaremos un caso observado por el distinguido escritor mejicano y crítico de arte señor José de Ojeda, en una histérica de su propia familia. Los sudores de sangre producíanse en la palma y dorso de las manos, sin causar nervios de ninguna especie; era una joven de 20 años, endeble y romántica. Fué asistida de histeria, tuberculosis y anemia; falleció por consunción progresiva, sufriendo diarias sudaciones de sangre, cada vez más generalizadas.

El sudor tenía el mismo aspecto de solución acuosa sanguinolenta, tiñendo en color rosado la ropa blanca; la piel no presentada ninguna solución de continuidad.

En otro caso, cuya exactitud no podríamos garantizar, la enferma tenía parálisis histérica del brazo derecho; el sudor de sangre se producía en toda la piel del miembro, cada vez que sufría una intensa emoción. En otra referencia, cuya autenticidad tampoco pudimos comprobar, el sudor de sangre cubría toda la cara, pero siempre á continuación de un ataque de risa ó llanto histérico, de forma paroxística.

JOSÉ INGENIEROS.

(1) Del libro en prensa: "Los accidentes histéricos".

ERA necesario a la obra, impredeciblemente necesario, ese viejo, que forma el reverso de la medalla y que muestra uno de los aspectos del gaucho más naturales y humanos. Hasta ahora todos habían cantado su heroísmo y su nobleza, haciéndolo un tipo más de leyenda que real, y, en ocasiones, casi siempre, ficticio. Hernández lo vio tal como es, y ocupándose poco de la epidemia, metió su escarpelo hasta el hueso para mostrarnos lo que realmente hay en él, para hacernos ver el eterno tipo humano con sus calidades y sus defectos.

Y así, otra vez, descúbrense al escritor confundido con los grandes escritores, que, clásicos ó románticos, de cualquier escuela ó de cualquier temperamento artístico, tienen siempre verdad y realidad en razón directa de su grandeza. Y así, otra vez, se presenta la ocasión de repetir lo que afirmé al comenzar, cuando dije que ni la tradición ni la historia han de llevar al futuro más completo y vivo retrato del gaucho, y que en el “Martín Fierro”, más que en ninguna otra parte, el artista y el sabio del porvenir han de estudiarnos para conocernos *de visu*. Sí, por allí ha de llegar a saberse el porqué de más de un fenómeno histórico ó sociológico de la vida argentina, desconocido hasta ahora por no haberse recordado para su estudio la profunda verdad que señaló Sarmiento, cuando afirmaba que debajo de las solapas de un frac argentino se encontraba siempre una camiseta gaucha. Sí, Martín Fierro ha de enseñarnos a los hombres artistas y sabios, á despecho de la mueca desdenosa con que los desprecian los untuosos lechuguinos del arte, para quienes nada puede valer ese gaucho que no habla y viste á la manera ciudadana, porque para ciertas gentes el mérito de una obra literaria sólo depende de las palabras empleadas y de su armoniosa colocación, siendo obstáculo insalvable á la belleza el expresar ideas con movimientos de lengua no autorizados por el léxico. Ante esas gentes, para quienes la suprema poesía está encerrada en las páginas de un diccionario, cómo no ha de ser depreciable ese gaucho de lengua ruda, magüer sonora, que, como la calandria del bosque, echase á derrochar la cristalina lluvia de sus trinos sin pentagrama y sin batuta.

“Se está corrompiendo el idioma!” ha gritado ya por ahí, en son de alarma, uno de nuestros literatos. Se está corrompiendo el idioma!... Ahí viejo Sancho, y cómo te reírías con tu basta risotada, si tal oyeras, tú que, magüer tus pijos, y tu mugre, y tu contrahecho hablar, cabalgaste por los altos firmamentos y jugaste á esta quiero, esta no quiero, con las siete cabrillas! Y tú, oh gran Palissy, cómo reírías también cuando esos beatos literarios, siguiendo su lógica de disparate en disparate, desearían también tu arte inimitable porque lo manifestaste, no en oro de Ophir, sino en humilde barro!

Se está corrompiendo el idioma. Sí que se le corrompe; pero no por otros que por los retóricos de siempre, servibles solo para marcar las épocas de decadencia literaria, haciendo su aparición como las carcoma en los árboles muertos; como gentes que, no concibiendo la producción artística sino dentro de una atmósfera de invernal, exigirían de la selva que disponga sus árboles en uniforme alineamiento de jardín, llegando en su ridículo fervor á reclamar poda para las ramas del bosque y hasta papel de lija para la ruda corteza del salvaje algarrobo.

Hernández corruptor del idioma? Bueno: pero entonces también lo fué el Dante, si hemos de pensar á la manera de esos enclenques emucos de la crítica, para quienes *fecundación es corrupción*, y que hallarían conveniente poner en la escuela á Sancho para enseñarle á hablar á la manera atilada y repulida de D. Quijote.

Está bien; que sea así; pero no olvidemos que los que tal dicen, han sido siempre los menospreciadores de todos los grandes. Shakespeare fué desdenado por ellos y aplaudido menos á Cervantes que á Ariosto; y son los partidarios de cualquier Serafín Aquilano en contraposición de todos los Petrarcas.

No! Los corruptores del idioma, los corruptores del arte son precisamente ellos, esos mequetrefes de la pluma, esos afeminados escritorzuelos de salón, que llevarían su ridículo altidamiento hasta escribir con el codo levantado “á la Luis XV” ó á ponerse guantes para no ensuciar los dedos. Y claro! cómo no han de asquear ante la velluda piel del viril esos cloróticos efebos de satinado cutis!

Quédense allí noramala los apergaminados dónemes del purismo esforzándose inutilmente en estancar el río del idioma, temerosos de que sus aguas se enuncien en el barro del cauce, que felizmente ese Amazonas cuyas vertientes cristalinas están allá, en los nevados de Calderón y Cervantes, sobre la cordillera inmensa de la vieja España.—A pesar de todos los peñascos que en nombre de aquellas cumbres se le pongan, bajar á la pradera y, recibiendo los afluente de la ilimitada cuenca americana, más ancho y magestuoso, más caudaloso y profundo, más pujante y sonoro, se echará sobre el oceano de la literatura humana, que primero retrocederá asombrado para después recibirle amorosamente en su seno.

No son las formas del léxico, fácil, común y hasta ne-

cesariamente mudables, las que requiere esencialmente la poesía, y menos aún esa de Martín Fierro, que, siendo de carácter popular, tiene que adaptarse á las formas comunes de su género, máxime cuando es el gaucho quien habla y es natural que lo haga como gaucho; que, de no, resultaría el caso superlativamente ridículo del frac puesto encima del chiripá y la bota de potro.—á no ser para esos que se deleitan con el neologismo ó el galicismo comúnmente inútiles y malos de tanto afectado escritorcito como hoy pulula, y se espantan, sin embargo, ante el barbarismo ó el arcaísmo generalmente espontáneos y decididos del gaucho,—todo porque ellos son de esos que, despreciando el buen vino del país, beben con fruición cualquier menjarje pomposamente acondicionado en botellas de champagne.

Ni esa elocución, ni esa sintaxis, ni esa versificación—cuyo desafío no es descuido, ignorancia ni impotencia, sino rasgo calculado y preciso—son defectos de la obra; antes méritos, muchas veces grandes, pues que Martín Fierro, al revés de los otros gauchos de la literatura argentina, no habla mal para hacer reír, sino á ra expresará á su modo lo que piensa y lo que siente. Es así; y las fallas del poema no están ni en esas frases ni en esos versos.

¿Fallas dije? Sí, sin duda. ¿Quién, por grande que sea, no las tiene? Hernández, al igual que muchos escritores de alta fama, no midió la importancia de la obra que realizó, y de ahí nacen sin duda sus principales errores. Creyó hacer obra moral más que literaria, y en los pasajes en que esta idea lo domina, le sucede lo que era ineludible, lo cual resulta siempre que se subordina el arte á algún fin extraño: la moral es ineficaz, el arte pobre.

Así esa moral y ese arte en el mismo MARTIN FIERRO cuando aconseja á sus hijos (defecto del que ya me ocuparé bajo otra faz); así esa moral y ese arte en el hijo mayor de éste, personaje casi inútil, cuya acción está circunscripta á su vida en la penitenciaría, puesto allí no con un fin artístico, sino con un objeto moral, y sostenido á duras penas gracias al potente nomen de Hernández.

Es claro: en toda obra humana, el punto de mira es de importancia capital, y en cuanto se quita de él los ojos, el remaso es seguro. Tal sucedió á Corvantes, cuyo D. Quijote, por esa causa, no es tan hermoso en la primera parte como en la segunda; y válgale á Hernández el parangón siquiera para atenuarle la falta, ya que no para disculparla.

Felizmente, los defectos del poema son muy pocos, y exceptuando los de detalle, de que no me ocuparé por su nimiedad, quedan tan solo esos que cito. Verdad que no son pequeños, sobre todo el primero que, estando al final del poema, resalta mayormente, más que lo atenúen en fuerza de brillar las pomposas galas de que jamás estuvo escaso el poderoso estro del poeta. Pero, aun así, cuánta diferencia entre esos consejos de Martín Fierro y los del viejo Vizcachá! Aquellos, rebuscados, en cierto modo ficticios, dados en circunstancias lógicamente inadecuadas, remando el poema después que estaba terminado de por sí; éstos, profundamente sentenciosos, originales y verdaderos, resultado naturalísimo del tipo y las circunstancias, y retratando al personaje con una firmeza de líneas sin rival, mostrando á la luz vivísima de su alta poesía el alma lóbrega de ese viejo borracho y miserable, como aparece más negra la nube tras del fulgor de un relámpago. Martín Fierro se empuquecece allí; el viejo Vizcachá se vuelve inmenso.

Pero, no obstante esos defectos, grande es el saldo que queda en el haber del poeta, cuyo inagotable caudal de poesía tiene—ya lo dije—para volcarse por los cauces de la lírica, la dramática y hasta la épica.

La épica? Sí, la épica. Digámoslo de una vez sin temor, aunque cada uno excusablemente recelo. Comprendo claramente que no soy el llamado á lanzar desde mi pequeño tambora una afirmación, máxime cuando nadie, hasta ahora, la ha esbozado siquiera; pero la situación en que estoy colocado me obliga á manifestar sin tapujos toda mi opinión respecto á la obra que me ocupa. Yo creo, que ese poema, si no típicamente épico, tiene más de ese género grandioso que de cualquiera de los otros. Quizás estaréis conmigo despojándoos de todo prejuicio, no haciendo caso del error en que muchos autores cayeron cuando afirmaron que la épica había muerto sin reflexión que ese género obedece más que todo á un determinado temperamento artístico del poeta, como la lírica y la dramática, y no á insignificantes detalles de tema ó de forma que jamás pueden ser de imprescindible necesidad para la producción épica, pues que de serlo, habríamos de llegar á la disparatada conclusión de que esa colosal manifestación de la poesía no puede surgir sin guerras de Troyas para tema, sin evocación á la musa para introducción y sin octavas reales para desarrollo. No, señores; tan pueriles requisitos no pueden ser aceptados sino por aquellos que ven muy superficialmente ó por los que dan en la manía de sujetar á dogmáticas reglas hasta los más nimios detalles. No; se nace épico como se nace novelista y no orador, como se nace pintor y no músico. Andrade, pongámoslo por caso

es netamente lírico, más que trueno en su tronante trompeta sobre nuestras grandes empresas guerreras. Hugo el formidable, es también lírico, y solo por eso, su condorino vuelo es bajo y pesado, relativamente, cuando bate las alas bajo los cielos del drama ó de la novela. Y es claro: si así no fuese, cosa sencilla resultaría la epopeya, desde que con solo sujetarse a un determinado exterior se realizaría, ni más ni menos que como se hace á voluntad una décima ó un soneto. No; tales cosas no dependen solo de la voluntad, y lo prueba el continuo fracaso de todos los que han cultivado eso que ha dado en llamarse *epopeya de escuela*, ridículo y pueril remedo semejante al del niño que se cree papá sin más que ponerse en una galera y empuñar un bastón.

Martín Fierro resultó épico sin que Hernández lo sospechara siquiera, como sin que Cervantes lo supiese el Quijote faé la obra más grande de la literatura española.

Considerad sin prejuicios ese poema y encontraréis en él grandes elementos épicos. Esos personajes y esa acción no son de la dramática; ese desarrollo del tema no es de la lírica, y, hasta para los que crean condición esencial la forma, ahí están esa introducción tan análoga á la de los poemas épicos y esa verificación tan semejante á la del Cancionero del Cid. Por lo demás, y esto es lo importante, ahí está palpitando toda la vida del pueblo gaucho, tan típica y original, con todos sus caracteres materiales, intelectuales y morales, narrada en forma que tampoco es lírica y menos aún dramática.

Hernández fué un épico. Bastaría, si no á probarlo, á hacerlo sospechar fundadamente por lo menos, el considerar que formando contraste con su poema maravilloso, están sus composiciones líricas, tan malas y pobres como bello es aquel.

Desgraciadamente para mí, los límites de este trabajo que ya he ultrapasado, me obligan á tratar muy de paso tan

Santiago del Estero, 1904.

DEL DELITO

I

DOBLO la hermosa cabeza; apoyó el frente en la nerviosa mano y lloró así largo tiempo.

Después ni un movimiento. Parecía anestesiada; las carnes estaban pálidas y frías. Los grandes párpados, al cerrarse, hicieron caer las últimas lágrimas que habían quedado temblando en las oscuras pestañas.

Y cuando el cadáver del marido de Alicia, llevado á pulso por deudos y amigos, atravesaba el patio de la inmensa casa, ella no exhaló un solo grito, no prorrumpió en una sola queja.

II

Era un despertar brumoso. De lo alto parecía descender una melancolía infinita. Era uno de esos días grises en que el alma sufre; en que el cielo está triste, la tierra está triste y el hombre está triste.

Paso á paso el cortejo avanzaba. El patio inmenso no acababa nunca.

En el pequeño vestíbulo hubo que hacer una pausa. Varias plantas, colocadas en macetones de piedra, impedían el paso del ancho y pesado fíretro.

¿Y ella? Como si el cansancio de sus miembros la implacable, materialmente, hacer un movimiento, el cuerpo permanecía rígido.

Desencajado el rostro, los labios secos y la mirada fija, parecía que también la muerte estuviera acariciando su rostro que, á pesar de todo, conservaba la belleza en la seriedad de sus líneas.

Y cuando las lujosas manijas de bronce golpearon en la madera dura y lustrosa, sintió el golpe, seco y sonoro, sobre el corazón.

III

De pronto se irguió toda entera. Los músculos faciales contraídos en una extorsión suprema, la cabeza, loca, volada hacia atrás, y los ojos sombríos en las órbitas dilatadas.

Los dientes apretaron los rojos labios hasta rajar la piel. Brotó la sangre, levantó las manos crispadas y se abalanzó fuera de la habitación.

El cerebro, débil ya, parecía agitarse en las sombras de la inconsciencia absoluta.

Y entonces el pesar de la infelicia estalló en el grito de la desesperación. Un rugido salió de su pecho, cayendo otra vez anonadada.

La desgraciada no ha pesado aún la carga de su dolor.

En la confusión de aquellos momentos no puede medir la inmensidad de su desdicha.

¡Oh, implacable destino! ¡Oh, ciego loco que así arrojas, á manotadas, polvos de amarguras!

IV

Han transcurrido seis meses. La escena pasa en el cementerio. Una denuncia que compromete á Alicia ha llegado á manos de un juez. En la muerte de su marido hay que descubrir un crimen; una mano traidora le ha arrancado la vida. Ella es la acusada.

importante tópicos; pero basta con lo dicho para dejar por lo menos sentada la afirmación.

Desgraciadamente también, como lo habréis notado, no me ha sido posible estudiar con suficiente detención los innumerables y grandes méritos de la obra, tarea que antes requiere el libro que el periódico.

Ya vendrá aquel cuando nuestros hombres de letras estudien más detenidamente la producción literaria argentina, pues siquiera por honor del país no debemos esperar que, como en el caso lastimoso de Cervantes, vengan los de afuera á hacernos conocer nuestras más inmarcesibles glorias. Entonces se verá claramente, cómo es verdad que MARTÍN FIERRO es la nota más alta de la poesía patria y una de las más brillantes páginas de la literatura americana.

No olvidemos, que el poeta es la alondra de esa siempre encendida alborada que se llama porvenir, de ese cielo siempre azul que se llama ideal, y que esos son los puntos de mira de que los pueblos no deben quitar los ojos en su ascensión continua á la cumbre del progreso. No lo olvidemos, y mientras llega para Hernández la hora de su glorificación que no tanto tiempo y tan injustamente le ha demorado nuestra contumaz y muy censurable incuria,—levantémosle un altar en nuestro recuerdo y coloquemos en él la efigie de ese grande, que, para conquistarnos el Eldorado de la gloria, se lanzó con todo el cuerpo á la sublime quijotada del ideal encomendándose de corazón á la señora de sus pensamientos, la Poesía, que es "una de las más fermosas y acabadas doncellas que en gran parte de lo descubierto de la tierra á duras penas se puede hallar".

"Y agora, mi buena señora, me acorred, pues que me es tanto menester".

SANTIAGO M. LUGONES.

De la triste Necrópolis es exhumado el cadáver. Se le saja el vientre; se le arrancan las vísceras y el análisis químico habla: hay ulceración arsenical. El imbécil delator tiene razón...

Huye la tarde. Las lujosas manijas de bronce golpean en la madera dura y lustrosa y el cadáver es de nuevo acostado en su nicho.

Y la justicia ha terminado su primera misión.

V

Pasan los días. Alicia es llamada á declarar. Serena y altiva al principio hace dudar á los jueces. Después se confunde. Caen en contradicciones. El imbécil delator la apura en sus interrogatorios. El, como amigo del marido, está al cabo de ciertos detalles abrumadores.

Hace armas de todo, la acusa, no la deja articular una frase sin contradecirla, y al fin, ella, como una fiera corrida, acorralada y envuelta en sus propias redes, revela su secreto:

— ¡Sí! Y qué! ¡Le había envenenado!...

ALBERTO GHIRALDO.

TIPOS MODERNOS....



La devota pobre

CUANDO el espíritu es capaz de recibir y adquirir, se trata de determinar cual es el alimento intelectual mas conveniente, la calidad y la dosis de *saber* adquirir. Hay una gran diferencia entre la ingestión de los alimentos y su digestión, entre el "atacamiento de la memoria" y la asimilación. La elección de los alimentos intelectuales debe ser regulada según la naturaleza de los cerebros. Se trata de hacer penetrar la mayor suma de elementos preciosos en la circulación intelectual con el menor desgaste posible.

En la educación, se halla aún una parte de los prejuicios de la antigua psicología; se considera demasiado a la memoria como facultad simple, única, destacada. Se dice: *ejercitar la memoria, desarrollar la memoria*; pero no se puede ejercer y desarrollar de hecho, sino tal o cual memoria, la de las palabras, de las cifras, etc. La memoria es una *costumbre* y no se desarrolla mas la memoria en general porque se ha atascado el cerebro del niño con tales o cuales palabras, tales o cuales cifras, que la *costumbre* en general porque se le inculca la costumbre de saltar a pies juntos, de jugar al boliche. En lugar de dar memoria a un niño obligándole a recordar cosas insignificantes se le quita memoria por esas cosas sin valor vienen a ocupar en su cerebro el lugar de ideas mas importantes. Se sabe que el número de conocimientos que puede hallar lugar en un cerebro humano de capacidad media es limitado, que uno desaloja a otro, que la investigación de las palabras por ejemplo, perjudica a la de las ideas, que las cosas fútiles perjudican a las serias. No solo es pernicioso, pues, almacenar en el cerebro los conocimientos mequinos, lo cual lo vacía por así decir llenándolo, sino que tambien se crea una facilidad de adaptación para con esas cosas, se hace el espíritu y la memoria improprias para las ideas verdaderamente útiles y serias. No siendo la memoria sino una facultad de adaptación, se la forma en vez de ejercitarla si se la adapta a conocimientos de orden inferior. Por otra parte, una cosa es la facilidad de la memoria y otra su tenacidad. El abuso de los concursos, de los exámenes, de los programas determinando una suma preciosa de conocimientos a adquirir para un día dado, lejos de tender a desarrollar la tenacidad de la memoria, tiende mas bien a suprimirla. Conocemos todos ese sentimiento de bienestar intelectual que sigue a los días de exámen y en el cual uno siente al cerebro despojarse de todo lo que habia almacenado de prisa, volver a tomar su equilibrio, olvidar. El exámen, para la gran mayoría de los alumnos, no es sino el permiso de olvidar. El diploma no es, a menudo, sino el privilegio de tornarse ignorante; y esa ignorancia saludable que vuelve por grados después del día de la prueba, es tanto mas profunda, la mayor parte de las veces, cuanto mas tensión de espíritu ha desplegado el alumno para reunir en el día mencionado a todo su saber, por causa del agotamiento nervioso que de ello resulta.

El rol de la instrucción es sobre todo dar al espíritu los cuadros donde vendrán a agruparse los hechos y las ideas que proporcionarán luego la lectura y la experiencia de la vida. Los hechos y las ideas no ejercen una influencia real y útil sobre el espíritu sino cuando el espíritu los sistematiza y coordina, a medida que se producen con otros hechos y otras ideas; sino, quedarán inertes y como si no existiesen. Uno de los principios de la educación es precisamente la impotencia del educador en dar otra cosa que *direcciones* generales de pensamiento y de conducta. La instrucción mas completa no proporciona sino conocimientos necesariamente insuficientes y que serán ahogados, en cierta manera, en la multitud de experiencias que componen una vida.

Hay que distinguir, pues, entre los verdaderos conocimientos de lujo y aquellos de necesidad. Un grave error se ha deslizado en la clasificación de dichos conocimientos; la historia, por ejemplo, es en gran parte lujo; la higiene es de necesidad. Hay que apartar de los conocimientos de verdadero lujo, todos los que no están bastante bien dotados intelectualmente. Las partes superiores de la enseñanza secundaria están obstruidas. Algunos exámenes preliminares deberían podar todas las ramas destinadas a no producir nada; sería una economía de savia humana.

Por conocimientos de lujo, no entendemos en manera alguna las altas verdades y los principios especulativos de las ciencias, las bellezas de la literatura y de las artes; ese pretensión bajo es necesario, a nuestro entender, pues es el único medio de elevar los espíritus, de moralizarlos por el amor desinteresado de lo verdadero, de lo bello. Son todos los pretendidos conocimientos útiles o necesarios, es decir las aplicaciones de las ciencias y los menudos relatos de la historia que constituyen lo *superfluo*. Hay que distinguir pues entre los conocimientos reputados no utilitarios y los conocimientos *insustituibles*; esa distinción es capital porque la instrucción debe ciertamente elevarse muy por encima de lo utilitario, de lo usual, de lo vulgar y por otra parte debe evitar, con el mismo cuidado de atascar un espíritu con conocimientos desproporcionados con la facultad que tiene para hacerlos obrar.

El educador debe, en primer lugar, considerar como regla general que todo conocimiento seria bueno pa a un espíritu cuya potencia de asimilación seria sin límites; segundo,

que todo conocimiento es una sobre-carga para el espíritu y representa un gasto vano de fuerza todas las veces que no es bien asimilado; tercero, que es preciso, para determinar el número de los conocimientos que se quiere verter en un espíritu, considerar no solo la naturaleza de esos conocimientos, sino tambien la relación que existe entre ellos y la capacidad del espíritu en que se busca hacerlos penetrar.

La conclusión práctica de esas tesis generales es que, si todo hombre al llegar a la edad madura debe ser provisto de una cierta dosis de conocimientos, esa suma de conocimientos debe ser, no utilitaria en el bajo sentido de la palabra, sino utilizable para el espíritu, es decir, asimilable; que es preciso no querer ensanchar con exceso esa fuente de conocimientos dados a todos, porque el trabajo estéril que se haria cumplir al espíritu de esa manera seria otro tanto perdido para las fuerzas del cuerpo, y que la mejor educación general es aquella que deja al individuo la mayor latitud para completar lo que ha aprendido, en la medida que es capaz de aprender utilmente.

Una cosa esencial que es preciso enseñar al niño, es el arte de leer metódicamente, asimilando lo que se lee. Para ello hay que distinguir, en un libro: 1º las partes esenciales desde el punto de vista estético y moral; 2º los hechos o ideas esenciales desde el punto de vista científico. Es principalmente por medio de la lectura que continúa la educación intelectual apenas esbozada durante los primeros años, a veces por la simple lectura de diarios y novelas. Y sin embargo, de los mismos diarios se puede, con un poco de discernimiento, extraer una multitud de conocimientos utiles.

Lo mas necesario, quizás, que se deba inculcar, es menos un hecho, una idea, que un sentimiento, esto es el amor mismo de aprender; a ese sentimiento hay que agregar— para evitar que el espíritu roce toda cosa sin detenerse en nada— el hábito de estudiar a fondo, de profundizar. Ese deseo de profundizar no forma mas que uno con la sinceridad perfecta, el deseo de hallar lo verdadero, pues basta un poco de experiencia para reconocer que la verdad no se encuentra jamás demasiado próxima a las superficies, que en toda cuestión es preciso cavar y cansarse para llegar hasta ella.

Hay que notar que los conocimientos cuya adquisición es más difícil para el niño son tambien lo más a menudo aquellos en que es imposible establecer un lazo lógico y que nada tienen que ver con el raciocinio: fechas sin importancia, nombres geográficos inútiles en conocer, pequeños hechos históricos. Tales conocimientos fatigan al espíritu al penetrar en él y en lugar de formarlo introduciendo hábitos de razonamiento, lo deforman mas bien; es fuerza intelectual gastada en pura pérdida, trabajo en el vacío. Uno de los enemigos del verdadero saber es pues la *erudición*. Y por erudición entendemos no el conocimiento del griego o del sánscrito, sino el conocimiento de detalles demasiado multiplicados entre los cuales el espíritu se pierde y se agota. Es erudición conocer en su orden cronológico todos los nombres de los Merovingios con la fecha de su nacimiento y de su muerte; es erudición retener juntamente con las grandes corrientes, el nombre del Roy, que según nuestras geografías separa Francia de Italia— lo cual es inexacto.

La educación mejor es aquella que no es simplemente *instructiva* sino *sugestiva* y en consecuencia *directora*; aquella que introduce en el cerebro, no solo conocimientos susceptibles de un "doble uso" como decía Sócrates, sino sentimientos sociales y costumbres de obrar. Llegadas con costumbres de pensamientos elevados. En otros términos no hay que dar tan solo una instrucción *difusa* creando tendencias opuestas que se reparten el espíritu, sino una instrucción *coordinada, concentrada* hacia un mismo punto director y llegando a sugerencias prácticas.

Hé aquí las reglas que estableció Descartes por su propia cuenta las cuales declara "haber siempre observado en sus estudios":

1º No dedicar nunca sino *muy pocas horas diarias* a los pensamientos que ocupan la imaginación (ciencias concretas y artes); 2º no emplear sino *muy pocas horas por año* a aquellas que ocupan el entendimiento solo (matemáticas y metafísicas); 3º dar todo el tiempo sobrante para el alivio de los sentidos, descanso del espíritu y ejercicio del cuerpo.

Descartes colocaba entre los ejercicios de la imaginación a toda "conversación seria" y todo aquello que reclama atención; por eso se retiraba al campo. Leibnitz, reproduciendo las reglas de Descartes dice: "Lejos de pulirse con el exceso del estudio, el espíritu se embota".

Pocas horas consagradas cada día al estudio, bastarán para aprender lo que es preciso saber?—Bastarán, contesta un filósofo contemporáneo, (1), si por una parte, el espíritu bien cuidado ha conservado todos sus recursos para el tiempo en que se le aplica al estudio y si, por otra parte, se limita la enseñanza a lo que importa verdaderamente conocer. "Las grandes verdades en las ciencias, los grandes modelos en las letras y las artes pueden reducirse para la educación a un pequeño número, que impresionarán tantos más"

(1) *Ravaisson.*

PASEANDO....

Como un soberano, voy
muellemente hasta Palermo:
me han dicho que estoy enfermo
y á fê mia que lo estoy.
Llega á Palermo el convoy
¡qué de gente! ¡si esto asombra!
pero á mi nadie me nombra,
ninguno sabe que llego...
¡y soy un lampo de fuego
rodeado de tanta sombra!

Sigo adelante, adelante,
y entre el follaje, escondida,
Natura llena de vida
se desborda exuberante.
Doy vuelta, alegre el semblante,
y... ¡qué de rostros bonitos!
¡qué estirados señoritos!
¡cuánta seda! ¡cuanto traje!
...y en un lujoso carruaje
se pasean dos delitos...

El bosque todo sombrío
y poblado de gorgeos,
y allá los tintes febeos
oscilando sobre el río.
Pero doy vuelta y sonrío...

Con majestad de princesa,
una morocha traviesa
va al lado del joven S...
ese... yo sé quién es ese ...
y esa... yo sé quién es esa...

Cual beso de colegialas
son de puras estas brisas;
en el corso ¡qué de risas!
en el jardín ¡qué de alas!
Pasan yuntas como balas,
de neta estirpe sajona;
la distinguida matrona...
el opulento veje...
...y sobre el lomo de un flete
algo como una persona.

La Poesia! Color,
perfume, cántico, llama:
hay un nido en cada rama
y en cada nido un amor.
Pero doy vuelta y...
¡horror!
¡ahí va Judas! Ni se arredra...
¡ese es el que siempre medra!
¡el de los labios de hielo!
¡y bajo la vista al suelo,
como buscando una piedra!...

Anochece.
Ya el momento
de retirarse es llegado:
¡qué trote desenfrenado!
¡qué singular movimiento!
Yo les miro... Son un ciento
y más, de coches que afluyen,
y se encuentran y se obstruyen
para buscar la salida
¡y escapan por la Avenida,
como crimones que huyen!...

Y pienso á solas:
Qué tonto!...
Si para aliviar mis tedios
uso tan malos remedios,
me voy á morir más pronto...
¡Qué he de hacerle!
Brama el ponto,
la noche es clara y es linda,
todo á meditar se brinda,
y entre el follaje, medito
este holocausto amargito
como compota de guinda...

FEDERICO A. GUTIÉRREZ.

El culpable

Pasó un hombre, y el pueblo gritó contra él: era el verdugo.
Pasó otro hombre, y el pueblo se descubrió respetuosamente la cabeza: era el juez.
—¿Por qué me despreciáis? — preguntó el verdugo.
— Porque matas — contestó el pueblo.
Y el verdugo dijo:
— Yo ejecuto una sentencia del juez. En todo caso es á él á quien debéis despreciar.
El juez objetó:
— Si no hubieran leyes que condenan, yo no dictaría sentencias; por lo tanto, á la ley es á quien debéis despreciar.
Entonces dijo la ley:
— Si vosotros no me hubierais formulado, yo no existiría; no la emprendáis conmigo, acusaos á vosotros mismos que me habéis dado la vida.
Y el pueblo se retiró callandito, pensando que, en resumen, él era el único culpable: porque el verdugo era un instrumento del juez, el juez un instrumento de la ley, y la ley un instrumento del pueblo.

R. J. REQUENA.

LECTURAS

¡Ah qué bello, que noble es el destino que puede avanzar constantemente hacia la perfección sin hallar jamás el termino de sus progresos!

ANCILBON.

El hombre que estudia la historia, adquirirá la convicción de que todos los sucesos principales tienden al mismo objeto: la civilización universal.

BALMES.

El clericalismo es una liga de los partidos de Estado y de la Iglesia, la confusión de la política y del culto, el complot de la política y del dogma para la esclavitud del espíritu humano.

DEPOSSE.

Un poderoso de la tierra



Wierla.

ROSITA GUTIÉRREZ

No es que las muchachas del Tandil fueran menos formales y menos recatadas que las de ahora, pero debemos confesar que cedían más fácilmente al encanto de las conversaciones por la reja. La costumbre andaluza que por entonces imperaba hacía ver con indulgencia las extravagancias de los novios. Y hasta la religión les sabía disuadir, juzgando acaso que pecados verbales no son pecados completos. El caso es que entre las ventanas que permanecían abiertas durante mayor número de horas y tenían con más frecuencia un caballero cautivo, era célebre la de Rosita Gutiérrez a quién por lo demás ninguno reprochaba la aventura. Nada parecía más natural que tener novio, conversar con él y exhibirlo ante los escasos jinetes que galopaban al anochecer por aquella calle extraviada.

La casa en que vivía Rosita Gutiérrez estaba casi a la salida del pueblo y era una de esas viviendas tradicionales de la América del Sur. Junto a las dos ventanas con reja se había la puerta grande que daba a un zaguán y dejaba ver el patio rectangular como de arena. A ese patio miraban dos piezas pequeñas y luego una grande que cerraba casi el cuadrado, guardando sólo sitio contra el muro para un segundo zaguán que conducía a un patio interior, con lo que terminaba la finca. La construcción, que era naturalmente de un solo piso, databa de tiempo de la colonia y presentaba un aspecto miserable. El padre de Rosita, que había ganado algún dinero regateando una estancia, hacía allí una vida tranquila y sobria. Solo ocupaba los dos primeros cuartos y alquilaba los demás. La familia se componía de tres personas: Don Pedro Gutiérrez, su mujer y Rosita. Esta tenía el cuarto que miraba a la calle, cuarto que servía al propio tiempo de comedor y de sala de recibir; D. Pedro y su mujer dormían en el que daba al patio y los tres hijos en el que miraba al campo.

Los Gutiérrez venían de quién sabe dónde, y nadie sabía decir en el pueblo cuál era el origen de su familia, ni de dónde habían sacado el apellido. Pero D. Pedro Gutiérrez, que era un indiano gordo, cachazudo y bonachón, no había tardado en granjearse las simpatías de los vecinos. Su cara redonda y cobriza, sus ojos vivos, sus cabellos duros y cortados al ras, su vestimenta cuidada, su actitud prudente y su risa abierta, le daban ese aspecto campesano y enérgico que tanto agradaba a aquellas regiones.

Su mujer era, en cambio, poco simpática y las gentes del Tandil estaban de acuerdo para murmurar contra ella. La reprochaban su gesto adusto, su actitud desconfiada, la brevedad de sus respuestas y la hosquedad con que evitaba hacer intimidad con las vecinas. Algunos le atribuían un carácter envidioso y reconcentrado, otros una malicia contenida que acabaría por estallar. Lo cierto es que casi nadie la dirigía la palabra. Y la india semi-salvaje, cuyo único defecto era la timidez, se había tornado aun más silenciosa y más inaccesible con lo que ella creía los desdenes de sus convecinos. A veces sentía la nostalgia de su pasado... La vida nómada y accidentada de la tribu guerrera donde vivió sus primeros años, se le aparecía como la más feliz. Su familia había quedado allí, en las vastas extensiones que se abrían al Sur, lejos de toda población y ley, en medio de la pampa libre. Su alma indómita se ahogaba en la aldea pequeña donde todo estaba sometido al capricho de algunos colonos blancos y del jefe que mandaba la guarnición. Hubiera deseado huir por los llanos salvajes calcinados por el sol. Por eso es que cuando oía alguna historia de cuatros (1), parecía que todos sus atavismos se le salían por los ojos.

Rosita había heredado, naturalmente, mucho del carácter de su madre. No porque sintiera deseos de volver a la tribu, que haría coqueta y orgullosa se mostraba para renunciar a aquel comienzo de civilización, sino porque en su carácter violento y apasionado había grandes baches que la educación no había podido llenar. Y por ellos se escapaba no sé que vaho de insurrección y de independencia que desentonaba en aquel medio donde todo estaba reglamentado por el militar y por el cura. Rosita Gutiérrez era una niña caprichosa, cuyas asperezas de carácter sólo se disculpaban por la gracia con que sabía hacerlas olvidar. Sus grandes ojos negros que brillaban sobre la tez cobriza, su cuerpo ágil y joven, su boca pequeña de gruesos labios encarnados y su cabellera renegrida, le daban un aire primaveral de fruta en sazón. Cuando le nombraban al atardecer detrás de la reja con su falda abullonada de percal y sus flores en el pelo, no había quien pasase sin echarla una flor.

Y entre los que pasaron y volvieron a pasar, el preferido fue el hijo de un hacendado de las cercanías, Mario Salterain, que vivía el verano en sus tierras y el invierno en Buenos Aires, donde cursaba medicina. Entonces comenzaron las conversaciones por la reja, entre dos luces, en la soledad de la calle vacía. Rosita amaba a Salterain, Salterain fingía amar a Rosita y todos parecían estar de acuerdo.

Nada más hermoso que el idilio, que se prolongó durante tres meses. El llegaba por las tardes en su caballo oscuro enjaezado a la criolla, se acercaba a la ventana, apoyaba una mano en los hierros, y de su boca sombreada por el bigote renegrido, comenzaban a brotar frases de amor que se perdían en el viento. Salterain, guapo mozo, de una inventiva y de su nombre. Era un descendiente de los primeros civilizadores, un hijo de la conquista. Para los indios hubiera debido ser "el enemigo"; pero aquellos hombres demoralizados por la derrota y roídos por el alcohol, no alcanzaban a hacerse una idea clara de los hechos. Respetaban a Salterain porque Salterain poseía tierras y ganado, porque era joven y garboso, porque hablaba muy alto y se imponía. Además, todo conspiraba para cimentar su prestigio. Salterain era amigo del juez, del comisario de policía, del comandante militar... En la semi-civilización de la aldea, formaba con media docena de privilegiados el grupo de los dominadores que mantenían a sus pies a un gran rebaño de indios humildes. Hablar con Salterain era un honor, obtener su apoyo era el triunfo. Y todos se inclinaban ante aquel hombre joven, que era como el cacique blanco de la población.

De ahí que nadie se atreviese a criticar los amores de Rosita. Sólo algunas viejas comadres murmuraron entre dientes que Salterain no se casaría y que todo acabaría de mala manera. Los demás no vieron o no quisieron ver la imposibilidad de la unión. Algunas muchachas llegaron hasta envidiar la suerte de Rosita. Y todos se habituaron a ver junto a la ventana de los Gutiérrez el caballo oscuro que hacía chasquear las crines de su cola bien peinada, mientras el amable jinete, con la cara junto a los hierros, hablaba de amor a dos ojos brillantes que relampagueaban en la sombra.

La familia de Gutiérrez estaba dividida sobre el caso. Don Pedro sufría, como todos, el ascendiente de Salterain y se mostraba orgulloso de la distinción que éste hacía a su hija. Para él Rosita había hecho muy bien en escuchar al hijo del hacendado, que había hablado de casamiento y de cuya palabra no era posible dudar.

En la opinión de la madre, la situación no era tan sencilla. Salterain era un malvado, que sólo pretendía divertirse mientras duraba su estancia en el campo. Quizá tendrían todos que arrepentirse. La desconfianza de la india, mal adaptada a las nuevas costumbres, resurgía con más acuidad que nunca. Aquel hombre blanco era el representante de la raza que los había dispersado y sometido. Nada bueno se le podía esperar de él. Su espíritu dominador estaba habituado a barrer el derecho de los demás y a alzarse en la derrota como un espantajo.

Demás está decir, que mientras estas discusiones se prolongaban en el seno de la familia, Rosita seguía conversando con Salterain. Rosita era, como hemos dicho, una muchacha voluntariosa, que se juzgaba superior al medio en que había nacido.

Las objeciones de su madre no hallaban eco en su corazón deslumbrado por una esperanza orgullosa. Además, amaba a Salterain, y sólo veía con sus ojos.

En estos trances, llegó el otoño, y comenzaron los campos a tomar su aspecto desolado. Los árboles se quedaron sin hojas, la llanura recobró su triste soledad y las viviendas mezquinas de la pequeña aldea parecían acurrucarse las unas junto a las otras, ante la perspectiva del invierno. Salterain anunció que regresaba a la ciudad; sus estudios no le permitían prolongar su estancia en el campo. Rosita cayó en un abatimiento indefinible. Y durante aquellos últimos días, todo fue tristeza alrededor de la ventana, donde ante se oía alegre el cuchicheo de los novios.

La víspera de la separación, Salterain llegó a la cita más temprana que de costumbre. Sus ojos tenían una expresión nueva. Bajó del caballo y se acercó con cierta nerviosidad inusitada. Rosita le saludó sin sacarse el pañuelo de los ojos. Y la entrevista fue amarga, como ninguna. Algunos afirman que se prolongó más allá de la hora habitual, y que un vaquero trancochador que regresaba de una pulpería, le vio discutir acaloradamente, como si él existiese una cosa que ella se negaba a conceder... Lo cierto es que a la mañana siguiente todos pudieron constatar la fuga de Rosita.

Durante más de un mes no se habló en el Tandil de otra cosa. Los comentarios de los vecinos no alteraron, al parecer, la tranquilidad de los Gutiérrez; pero la india cavilosa se sintió humillada por la compasión irónica con que todos lamentaban lo ocurrido. En aquella pequeña sociedad rudimentaria, donde el espíritu salvaje de los indios se unía el fanatismo religioso, y donde todos se observaban y sabían lo que pasaba en cada casa, la aventura dió lugar a una sublevarción de honestidades. No hubo mujer fácil que no tuviera frases duras de reprobación y de oprobio contra la chisnela insauta que había cedido al amor. Salterain benefició en cambio de una indulgencia sin límites. El carácter franco y leal de los indios corrompidos por la falsa civilización que les impusieron, se había trocado en recelo e hipocresía. De ahí que todos se apresuraron a condenar al débil, satisfaciendo sobre él bajas envidias y resentimientos inconfesables.

Por aquel tiempo acolaba las cercanías de Tandil una tribu guerrera que el ejército regular perseguía inútilmente. La dirigía un cacique llamado Guatemorá, indio

(1) Indios ladrones que entran por las noches a las haciendas y se llevan las tropas de caballos para venderlas en otras poblaciones.

La primera vez que visité el manicomio salí de allí profundamente impresionado. Lle- vé impreso en mi imaginación durante algunos días todo aquel raro conjunto para mí, bajo un sentimiento de horror y de tristeza. Parecíame que aquello no era de este mundo, tan nuevo se ofrecía á mis ojos. Se me figuraba algo así como si hubiese estado en otro planeta donde los habitantes tenían semblantes tristes, macilentos, apaga- dos, enfermizos; la mirada vaga, indiferente, ó fija dentro de sí mismo; ó dilatada y furiosa, co- mo interrogándome por qué me había atrevido á llegar hasta allí.

Todos estos seres vestían del mismo modo y andaban sin propósito fijo, murmurando entre sí, gesticulando solos ó amenazando con los puños crispados á enemigos que ellos no más veían.

Mi amistad con el médico director en aquella época me hizo frecuentar el establecimiento y familiarizarme con sus desdichados huéspedes, hasta perder ese sentimiento de compasión re- pulsiva con que los miré al principio.

Después tenía mis locos predilectos, amigos inofensivos, que conversaban conmigo atinada- mente de muchas cosas. Entre ellos un tenor de exquisita sensibilidad, que me cantaba *spinto gen- til* lleno de ternura, loco á causa de una silbatina.

Conoci entonces á Pedro Celestino Echegaray el mandadero del manicomio, un loco responsa- ble, que no se aprovechaba de su libertad para fugar por no abusar de la confianza depositada en él, y eso que le tenía horror á la ducha.

No faltará quien piense que esa delicadeza pro- baba su locura.

Conoci al *negro político*, que tenía la monoma- nía de la celebridad póstuma y pedía para su es- tatua, ya en tono agresivo ó suplicatorio.—«¡Niño! suscribase para mi estatua», era la fórmula más común.

—¿Y qué has hecho tú para merecer estatua? solia preguntarle yo.

—¡Yo!... ¡yo!... contestaba aproximándose ner- vioso, los ojos saltándose de las órbitas, yo me he sentado treinta años en el congreso, en la puer- ta de calle, que es más sacrificio que estar aden- tro, he tomado parte en tres revoluciones y en más de mil elecciones falsas, yo he hecho todo el mal que he podido á mi país, como cualquier aspirante á la inmortalidad. ¡Niño suscribase para mi estatua!

—¿Y por qué te tienen aquí?

—Se me ha apagado el farol, niño, dicen que se me ha apagado el farol.

¡Pobres locos! Sumidos en la obscuridad de su insanía tienen la simplicidad de los niños sin la dicha de sus alegrías ni las esperanzas de su porvenir.

Cuando mi amigo el Dr. Menéndez dejó la di- rección del Hospicio de San Buena Ventura, ya no volví á visitar á mis locos.

Pero, recientemente movido por la curiosidad de conocer los progresos del establecimiento volví á visitarlo un día de entrada general, y re- corriendo todos sus sitios, llamó mucho mi aten- ción un loco que se columpiaba guardando equi- librio con los brazos abiertos como un acróbata parado en una maroma, ó si queréis como una ave que se cierne en el espacio aéreo.

Ya cerca de él me desvié como manifestando temor de que se cayese sobre mí, y aperebido él de ello se apresuró á gritarme: no, no tema nada, si no me caigo; lo que si tiene la vida aquí en el aire es que no se descansa como en la tierra fir- me donde está Vd.; y este desgraciado seguía

guardando el equilibrio con una agitación que fatigaba de solo contemplarlo.

—¿Y por qué vive Vd. en el aire?, le pregunté, eso debe cansarlo mucho, venga, vamos á ca- minar, acompáñeme.

—No puedo, me contestó con tono misterioso y alarmado, no me dejan pisar la tierra. Hasta á los pájaros les es dado posarse en ese suelo que es de todos, menos á mí, menos á nosotros, —agregó como corrigiéndose,— y rompió á llorar con amargo llanto.

—¡Vamos! no llore, le dije enternecido, con- suélese, yo soy autoridad y le permito que baje á tierra; y me afanaba por persuadir á este des- graciado como si su demencia fuese un error.

—No, no, si el comandante me dijo: no tengo más recurso que echarlo al mar, y Vd. compren- de, eso era horrible, prefiero vivir en el aire...

—¿Y por qué quería echarlo al mar el coman- dante?

—¿Por qué?... ¡Ah!... no, pero Vd. es el go- bierno, no le digo nada.

—Pero yo soy un gobierno bueno, hospitala- rio, libre, protector.

—¡Ah! ¿Vd., no es el gobierno argentino?

—No, yo no soy el gobierno argentino.

El loco guardó silencio, y me miró con des- confianza, siempre cerniéndose con los brazos en cruz como alas abiertas. A veces se colum- piaba furioso como débil árbol que el viento azota y cuando yo tomaba la precaución de retroceder, me inspiraba confianza, diciéndome: no, no tema, si no me caigo.

—No me ha dicho por qué quieren arrojarlo al mar, volví á preguntarle.

—¿Por qué?... no vaya á delatarme... esto no se puede decir... yo persigo como mi ideal la soli- dardad humana, la dicha de todos, yo agito á las masas tras de este ideal, yo soy socialista, y los pueblos me consideran peligrosos y me ex- pulsan de todas partes. ¡Qué bárbaros! ¡Qué ha- brian hecho con Jesús que fué el primer caudillo socialista! Ama á tu prójimo como á ti mismo, era su enseña ¡Qué habrian hecho con aquellas hermosas cabezas girondinas que irradiaban la luz de la libertad! ¡Y se horrorizan de que el paganismo arrojará los cristianos á las fieras, ellos, los que nos niegan un palmo de tierra don- de sentar la planta! ¿Por qué la dignidad huma- na se ha de conquistar con el martirio? Y que- dóse estático, con los ojos fijos en el cielo, mur- murando una plegaria. Luego cayó nuevamente en sus balanceos, repitiéndome: no diga nada, Dios nos ilumina el camino.

Este hombre cuando cuerdo debe haber sido más loco, pensé yo para mí. ¡Hacerse apóstol del derecho!

En esos momentos acertó á pasar el médico director y no pude menos de exclamar provo- cando alguna explicación:—¡Qué caso tan raro, doctor!

Es una locura de actualidad, me dijo el mé- dico. Este joven, extranjero, al llegar á nuestro puerto—expulsado no sé de donde por su exalta- ción socialista—fué notificado de que no le era permitido desembarcar. El comandante del bu- que le dijo con impaciencia: si lo rechazan á Vd. de todas partes no me resta más que arrojarlo al mar. Entonces el infeliz, espantado, lanzó un grito horrible: ¡misericordia! viviré en el aire—y empezó á sostenerse como Vd. lo ve y á llorar amargamente.

Habia perdido la razón.

OSVALDO SAAVEDRA.

LECTURAS

¿Cuál es, pues, el sentimiento dominador y animador del genio? En nuestra opinión el genio artístico y *poético* es una forma extraordinariamente intensa de la simpatía y de la sociabilidad, que no puede satisfacerse sino creando un mundo nuevo y un mundo de seres vivos. El genio es una facultad de amar que, como todo verdadero amor, tiende enérgicamente á la fecundidad y á la creación de la vida. El genio debe prenderse todo y de todos para comprenderlo todo. En la ciencia misma, si se halla verdad «pensando en ella siempre», sólo se piensa constantemente en ella porque se la quiere. «Mi éxito como científico, dice Darwin, sea cualquiera el grado á que se haya elevado, ha sido determinado, en lo que puedo juzgar, por cualidades y condiciones mentales complejas y diversas. Entre éstas, las más importantes han sido: el amor hácia la ciencia, una paciencia ilimitada para reflexionar acerca de un asunto cualquiera, ingeniosidad para reunir los hechos y para observarlos, una mediana cantidad de inventiva y de sentido común, con la moderada capacidad que poseo, es en realidad sorprendente que haya podido influir hasta tal grado sobre la opinión de algunos sabios acerca de algunos puntos importantes.» A estas diversas cualidades hay que añadir una de que no habla Darwin, y que mencionan sus biógrafos: la facultad del entusiasmo, que le hacía amar todo lo que observaba, amar la planta, amar el insecto desde la forma de sus patas hasta la de sus alas, ampliar así los pequeños destellos ó el ser ínfimo por medio de una admiración dispuesta siempre á esparcirse. El «amor hácia la ciencia», la que presume se resolvía así en un gusto apasionado por los objetos de la ciencia, en el amor hácia los seres vivientes, en la simpatía universal.

GUYAU.

Correspondencia de MARTIN FIERRO

P. A. Acosta—Tucumán—Recibidos \$ 2—Enviados ejemplares de *Música Prohibida* y número 28 de MARTIN FIERRO.—L. L. de Osornio—Tandil—Remitimos *Música Prohibida* y anotamos nueva dirección.—A. Beltrame.—T. Lauquen—Fué *Música Prohibida*.—P. Mediano—Kiosco Constitución—Recibimos y atendimos segundo pedido de ejemplares de *Música Prohibida*.—C. Leunman—Capital—Fué el ejemplar pedido de *Música Prohibida*.

“MÚSICA PROHIBIDA”

— POR —

ALBERTO GIRALDO

(Un volumen de versos con ilustraciones de JUAN HOHMANN)

PRECIO: 1 \$ m/n.

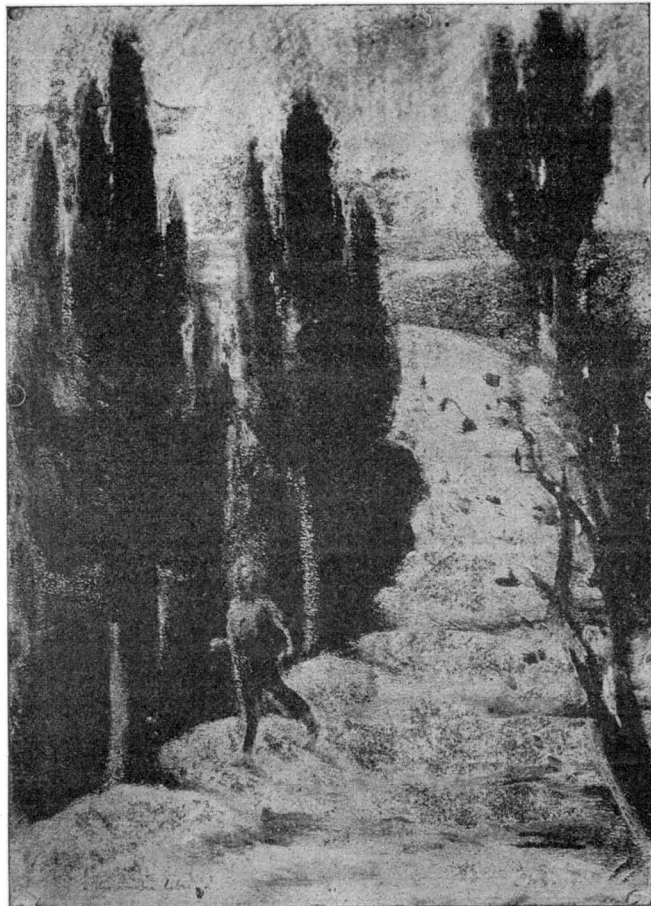
En venta en las librerías y kioscos de la capital

Pedidos á la Administración de MARTIN FIERRO

1072, Calle Santiago del Estero, 1072

Un hombre libre

(Dibujo de E. SCHIAFFINO)



Aquel que grita en medio de la soledad, sin infringir reglamento es un hombre verdaderamente libre...

CUYO esq. MAIPÚ

BUENOS AIRES



BIER-CONVENT



CUYO esq. MAIPÚ

BUENOS AIRES

— < DE > —

LUZIO Hnos. Y MONTI

RESTAURANT



* y CERVECERIA



SALONES ESPECIALES PARA

FAMILIAS Y BANQUETES *

9

Rocca y Martinelli

MOBILIARIO y TAPICERÍA

Reproducción de muebles y decoración de estilo

GRAN SURTIDO PERMANENTE
DE MUEBLES DE TODAS CLASES

Corrientes, 990 Buenos Aires

10

Ghiraldo & Cia.

EXPORTADORES DE HARINAS
Y CONSIGNATARIOS DE FRUTOS DEL PAÍS

Calle SAN MARTIN, 253

*** BUENOS AIRES ***

U. Telefónica 1777, Central Telegramas: MONTECOR

11

A. CABEZAS

UNION 2112, (Avenida) COOPERATIVA, 717

Calle CUYO, 546

entre FLORIDA y S. MARTIN

— > BUENOS AIRES < —

La casa más importante de Sud-América en Ropa Hecha y Sobre Medida

CALZADO Y SOMBREROS PARA HOMBRES, JÓVENES, NIÑOS, SEÑORAS Y NIÑAS

Recién inauguradas las Secciones de
CAMISERÍA-BONETERÍA-CORBATAS



LA QUE CONFECCIONA MEJOR Y VENDE
MÁS BARATO EN TODO EL MUNDO ***

— > CATÁLOGO GRATIS < —

12

"El Malacara" Almacen
y Fiambrería
de Juan Vismara

Calle SERRANO, 102 esq. MUÑECAS
BUENOS AIRES

FOTOGRAFIA

*** REFFO ***

Defensa 861 - Buenos Aires

16



ARMONIUM-SKALA

Cualquier persona puede tocarlo

Conozca ó no la música

\$ 90 CON PIEZAS
E INSTRUCCIONES

GUITARRAS - MANDOLINES - GÍTARAS

Se reciben suscripciones é los periódicos quincenales "IL
MANDOLINISTA" é "IL PIANO FORTE, de Turín.

PESOS 2.50 POR AÑO

CASA TONINI FLORIDA 470

18